Los jóvenes, el presente sin opciones de Ciudad España

Este barrio prefabricado a 40 kilómetros de Tegucigalpa es la residencia de 1,300 familias damnificadas por el huracán Mitch. Es autogestionada y presume de tener todo lo que una ciudad necesita para ser considerada como tal. El problema es la falta de alternativas para las niñas, niños y jóvenes en una población donde el 60 % es menor de 30 años.

Es fácil encontrar en Tegucigalpa a alguien que conozca este vecindario del extrarradio, ubicado a 40 kilómetros de la capital de Honduras. Ciudad España es el séptimo asentamiento del Valle de Amarateca, un conjunto de núcleos habitacionales que surgieron a raíz del huracán Mitch con los pobladores de las barriadas de Tegucigalpa que se tragó el huracán. Hoy, esta villa post Mitch vigila la carretera del Norte desde su anclaje en el Valle de Amarateca. Por esta vía peregrinan centenares de carros capitalinos que diariamente ven el grupo de casas prefabricadas colarse entre el verde del paisaje hondureño.

El Guasa bromea con el Checho al lado del mural que rinde homenaje a los damnificados por el Mitch.

© UNICEF Honduras / I. Molero

No muchos se acercan a visitarla. Desde hace siete años ha sido la residencia de más de 1.300 familias que se conocieron en los albergues habilitados para el desastre en 1998. Construida sobre el terreno que cedió el estado de Honduras y financiado por la cooperación internacional, goza de todos los servicios: centros de salud, colegio, transporte, hogar para mayores, posta policial, mercado, agrupaciones de vecinos y espacios públicos. Presume de tener todo lo que una ciudad necesita para ser considerada como tal y es autogestionada por sus habitantes. Sin embargo, la falta de alternativas para los jóvenes y su ubicación tan apartada le hacen correr el riesgo de convertirse en gueto.

Dejarse caer en Ciudad España es como pisar otro barrio a las afueras de cualquier capital del mundo. Riadas de apodos, juegos de pelota y la mirada de los lugareños clavada en el forastero. Jóvenes y más jóvenes pasan el día en unas calles más limpias y mejor pavimentadas que las de Tegucigalpa. El 60 % de la población es menor de 30 años y no hay demasiadas opciones. La mayoría se dedica a la economía informal y no sigue estudiando; no es fácil encontrar un trabajo.

Vanesa González, la presidenta del Comité de Jóvenes de la comunidad, se reúne los sábados para organizar cursos de prevención de violencia y drogadicción. “El trabajo está bien fregado para nosotros porque los dueños de las maquilas no nos contratan. Somos de Ciudad España y hay prejuicios porque esta zona es considerada de alto riesgo por las pandillas juveniles”, explica esta activa joven, comerciante de ropa a domicilio. “Nos hace bien reunirnos y hablar de nuestras inquietudes. Hay quienes tienen problemas de drogadicción y aquí se sienten con libertad para hablar. Los jóvenes somos el presente, no el futuro”, argumenta.

Para contrarrestar la escasez de actividades para niños, niñas y adolescentes, desde el comité están poniendo en marcha un centro de estudio con computadoras. “Muchos estudiantes no tienen espacios. Se pagará una cuota para entrar y así reinvertirla en el comité. Caminamos despacio, poco a poco, pero siempre juntos. Que el dolor de uno sea el dolor de todos”, apunta la coordinadora, orgullosa de anotar un epígrafe más en la lista de opciones para el barrio.

¿Podré entrar? Quien pregunta es Guasa, un habitual en los actos para jóvenes. Tiene 12 años y ensaya pasos de break dance en la puerta del Centro Comunitario junto a un mural que homenajea a las víctimas del Mitch. Hoy es un día especial para el barrio: es domingo y el grupo Brodas imparte un taller de hip hop. El Centro Cultural de España en Tegucigalpa, en colaboración con la ONG Arte Acción, ha gestionado su llegada desde Barcelona. Guasa no quiere unirse porque le “da pena” entrar sin zapatos, se le “estallaron jugando al fútbol”. Y también por trabajar. Estudia 4° grado, pero diariamente baja a la estación de autobuses de Tegucigalpa a vender agua después de la escuela.

A Guasa le encanta su barrio. “Soy famoso y los buseros no me cobran el transporte a Tegus”, confiesa, utilizando uno de sus gestos más amigables. Reconoce que la vida es aburrida para un niño en Ciudad España, pero se conforma con disfrutar al máximo del busito amarillo de Arte Acción, cargado de títeres y malabares. Esta ONG, conformada por jóvenes artistas y profesionales del área

social, lleva diez años trabajando con programas de prevención de violencia a través del arte y talleres culturales en el Valle de Amarateca.

Se acercan “Toni, el vaca” y Checho. Sus familias ya eran vecinas en el albergue, antes de trasladarse al barrio. “A veces vemos fotos de los años del huracán; la mamá de Guasa se veía bien bonita”, comentan. La madre de Guasa tenía un puesto de dulces en Tegucigalpa. Para ella, como para la mayoría de las familias, la venta era más fácil allí porque no pagaba las 40 lempiras de autobús que ahora resta de los 120 que gana diariamente con la venta de chicles.